

Marcello Zago, o.m.i.

La comunidad oblata

DOCUMENTACIÓN - OMI

Español No. 172

marzo 1990

Este número de DOCUMENTACION presenta un texto importante del Padre General sobre la Comunidad oblata, que recoge y amplía el mensaje central del capítulo VI de *Misioneros en el hoy del mundo*:

“La vida comunitaria, para nosotros Oblatos, no es únicamente necesaria para la misión, ella misma es misión y al mismo tiempo signo cualitativo de la misión de la Iglesia” (Nº 109).

Este mensaje, en forma de carta, iba dirigido el pasado enero a los Oblatos en formación primera.

A los Oblatos en formación primera sobre la comunidad oblata

Queridos hermanos oblatos:

Esta cita nuestra viene a ser un encuentro más de los muchos que hemos tenido en este último año. En 1989, he visitado casi toda Asia, algún país de Africa y de América latina. Me he encontrado con muchos de vosotros y he recibido también los votos de algunos en la India, Japón, Filipinas e Italia.

Según las Constituciones, el Superior general recibe la oblación de cada oblato directamente o por un delegado, aprueba en consejo la admisión a los votos perpetuos, da personalmente la primera obediencia. Esto indica que somos todos miembros de una misma Congregación y que existen vínculos especiales con el que expresa la unidad de la familia oblata (C. 112) y tiene responsabilidad especial con los que se inician en la vida y misión según el carisma del Beato Eugenio de Mazenod (C. 49). Constituimos una misma Congregación, compartimos un mismo carisma, somos una misma comunidad.

Este carácter unitario prevalece sobre las diversidades étnicas y administrativas que nos distinguen, nos da una espiritualidad común e infunde un dinamismo operativo semejante, nos dispone a los desafíos y urgencias misioneros asumidos por la Congregación en el mundo entero. Esta unidad nos hace respirar y reaccionar a dimensión de Iglesia y mundo, sea cual sea nuestra inserción concreta. También esta carta une a más de seiscientos oblatos en formación

primera de al menos cuarenta países de todos los continentes. Unidos a los 4.600 oblatos restantes, ¿no constituimos tal vez una gran familia?

Búsqueda comunitaria de los jóvenes oblatos

La realidad de la comunidad la lleváis muy dentro. Lo constato cuando nos encontramos, y al leer vuestro historial y deseos expresados sobre todo en preparación a los votos perpetuos. También la encuesta hecha en 1985-1986 entre los jóvenes oblatos pone de manifiesto la misma búsqueda. El 63 por 100 afirmaba que la vida comunitaria es una de las fuerzas mayores de la Congregación, indicando con esto la caridad mutua, la fraternidad, la acogida, la unidad, el trabajo comunitario (1). Y casi a contraluz, el 57 por 100 indicaba que la mayor debilidad es la insuficiencia de nuestra vida comunitaria a causa del individualismo, la falta de espíritu y de expresiones comunitarias adecuadas (2). Aun cuando el mayor desafío para los próximos años según el 82 por 100 parecía la evangelización de los más pobres y los jóvenes, el 68 por 100 sostenía que la respuesta vendrá ante todo de la calidad de nuestra vida evangélica y religiosa y en particular de la calidad de nuestra vida comunitaria (3). En estas vuestras expectativas comunitarias leo una sintonía con la renovación actual de la Iglesia y con la intuición inicial y el carisma del Fundador.

En la Iglesia actual, en efecto, el desarrollo de la vida comunitaria es un elemento significativo de su renovación. En América latina, las comunidades eclesiales de base han favorecido la renovación evangélica; el desarrollo de los ministerios y el compromiso social. En muchos países de África y Asia, se conoce un fenómeno parecido. En las Iglesias de Occidente han surgido muchos movimientos cristianos, en los que el componente comunitario se subraya con fuerza.

En toda la historia de la Iglesia, el crecer de la realidad comunitaria es una señal de renovación del ser cristiano. Jesús reunió en torno a sí apóstoles formando con ellos comunidad, signo del nuevo pueblo elegido. Tras la efusión del Espíritu, los creyentes en Cristo forman entre sí un corazón solo y un alma sola (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 11-15).

Las formas de renovación cristiana y, en particular, las varias experiencias de vida religiosa a lo largo de los siglos se inspiran siempre en la imagen de la comunidad primitiva. ¡Otro tanto hizo el Beato Eugenio!

Oblatos, misioneros en comunidad

Impulsado por una “forte secousse étrangère”, Eugenio de Mazenod fundó no un grupo o un equipo, sino una comunidad de misioneros. En los comienzos, tres intuiciones constituyeron opciones claras y necesarias para el Fundador:

a) la evangelización de los pobres, especialmente de los habitantes de los campos, que habían perdido el sentido cristiano y relación con la vida de la Iglesia;

b) la calidad de los misioneros, que debían ser hombres apostólicos “que tengan la voluntad y el valor de caminar sobre las huellas de los Apóstoles” (4), decididos a ser “verdaderamente santos” (5);

c) la comunidad como lugar de crecimiento, como escuela de formación permanente, como camino a la santidad, a través de la oración, el estudio, el recogimiento y la ayuda fraterna en una atmósfera constante de caridad.

Estas tres opciones hechas conscientemente por Eugenio de Mazenod constituyen los pilares del carisma oblato incluso en su evolución subsiguiente. Son tres dimensiones esenciales de su desarrollo. Son tres exigencias que nos capacitan para responder a los desafíos que se presentan. Ellas han favorecido la solidez y permanencia de la fundación, superando obstáculos que han hecho desaparecer a tantos grupos misioneros semejantes. Para ser auténticos oblatos según el corazón del Fundador es preciso, por tanto, ser misioneros, apostólicos y comunitarios.

El Fundador ha estado siempre atento a cómo se vivía la comunidad, para animar el espíritu y las formas adecuadas, para estigmatizar las faltas e insuficiencias (6). Gozaba cuando encontraba comunidades auténticas. Con motivo de su visita a Notre-Dame de Lumières, el 10 de octubre de 1840, escribía: “Nos parecía provechoso consignar en este libro la gran satisfacción que hemos experimentado al ver esta comunidad en la que reina la paz, la caridad y la más perfecta regularidad. Acabamos de pasar cinco días deliciosos en medio de esta porción de nuestra querida familia. Hemos recogido que sirven a Dios lo mejor posible, que se aman mutuamente como hermanos, que todos los corazones forman de tal modo uno, que jamás se eleva la menor disensión, que cada uno vive feliz en la práctica exacta de las Santas Reglas del Instituto, que saben combinar el ejercicio del celo que hay que mostrar durante las misiones y las concurrencias, con el trabajo sedentario del estudio en los tiempos de soledad, de que se tiene la dicha de gozar aquí más que en otra parte; en una palabra, que sienten todo el valor de su vocación y saben dar gracias a Dios” (7).

Las reacciones del Fundador no eran siempre tan positivas con respecto al modo de vivir la vida comunitaria. Sus cartas contienen a menudo duros reproches por las faltas e insuficiencias comunitarias de los nuestros.

Despertar comunitario en la Congregación

La situación comunitaria en la Congregación varía sea por el modo de reagruparse como por el de realizar la vida comunitaria. Según la encuesta hecha con motivo del Capítulo (8), el 76 por 100 de los oblatos vive en comunidades constituidas, el 19, 2 por 100 vive y trabaja solo, pero en contacto regular con la comunidad, y el 4 por 100 vive sin contactos regulares. La mayoría de las Provincias reconocía que entre los dos Capítulos de 1980 y 1986 la vida comunitaria había progresado, la aceptación, respeto y confianza mutuos habían aumentado; la comunicación era más fácil y más fraterna; el sentido de pertenencia y de colegialidad había crecido y la oración común había llegado a ser más regular. Al mismo tiempo se deseaban progresos en la calidad de las relaciones interpersonales, en la participación en la oración y esparcimiento, en la corresponsabilidad y programación. Se atribuía a las nuevas Constituciones y Reglas un papel propulsor en esta renovación.

En los años sucesivos al Capítulo, el esfuerzo de renovación comunitaria ha proseguido. Los encuentros de distrito se hacen más regulares. Varias Provincias han evaluado su vida comunitaria a través de congresos y consejos provinciales, han organizado reuniones y cursos para animadores, han formulado directrices y directorios. El consejo general se ha detenido en particular en las comunidades de distrito (9). La Asociación oblata de estudios e investigación ha tenido en el mes de agosto de 1989 su congreso en Ottawa precisamente sobre la comunidad. La próxima reunión intercapitular que se tendrá en Roma en mayo próximo abordará también el mismo tema.

En la renovación comunitaria de la Congregación, me parece poder discernir algunas tendencias emergentes que son como signos de los tiempos a través de los cuales el Señor nos indica en qué dirección debemos movernos.

La comunidad se vive como comunión de personas más que como lugar común o casa en que se comparten techo, comidas, actividades. Se prefiere la relación y ayuda personal a las estructuras y normas preestablecidas. Se procura crecer juntos, y no sólo estar juntos. Es el ambiente en que se valorizan los diversos aspectos del carisma y las diversas exigencias de las personas. No es sólo la expresión de algunas prácticas religiosas sino de toda la vida al seguimiento de Jesús como discípulos suyos y sus misioneros. Más que el lugar del que se parte para la misión, es la realidad en que se vive, se constituye y se renueva la misión. La persona de cada miembro y las exigencias de la misión guían las formas concretas de la comunidad y especialmente sus estructuras.

En estas tendencias emergentes se privilegian algunos valores como

- la misión como tarea común;
- la fraternidad, como la atención y acogida al hermano;
- el compartir y la comunión entre los miembros;
- la corresponsabilidad en las tareas comunitarias y en el crecimiento mutuo;
- la creatividad y adaptabilidad de las formas según las necesidades de las personas y de la misión.

En una palabra, se procuran integrar las exigencias antropológicas y teológicas. No se es sólo un grupo de amigos o un equipo operativo. Se es una familia apostólica, una comunidad eclesial, cuyo modelo sigue siendo Jesús con los Apóstoles y la primera comunidad cristiana.

Más allá de concreciones vinculadas al tiempo, me parece que se redescubren algunas características de la comunidad querida por el Fundador, como familia unida por la caridad fraterna. Un oblato americano después de haber pasado por la casa general, me escribía el 18 de mayo de 1989: "Hay una fraternidad entre los oblatos que es

más profunda de lo que las palabras pueden expresar. Estoy convencido de que habrá siempre oblatos mientras exista entre ellos una fraternidad como la que he experimentado en mi vida”.

Comunidad misionera y apostólica

Al final de los años sesenta, las nuevas experiencias comunitarias eran fácilmente tachadas de intimismo y aparecían en oposición con el esfuerzo misionero. El Capítulo de 1986, afirmando que “la vida comunitaria, para nosotros oblatos, no es solamente necesaria para la misión, sino que ella misma es misión” (10), expresaba una nueva conciencia y consolidaba una larga experiencia.

Ya el documento del Consejo general publicado en 1972 indicaba por qué la comunidad puede llamarse misión. La comunidad auténtica expresa la sustancia de la Buena Nueva que la unidad entre los hombres se realiza, el mandamiento nuevo del amor se pone en práctica, la salvación se experimenta, Jesús sigue reuniendo discípulos y enviando misioneros en virtud de su resurrección ya realizada. “Ella es señal para que el mundo crea (Jn 17, 21)... es la señal de los discípulos” (Jn 13, 15) (11). Y el documento concluía: “Toda renovación de comunidad debe orientarse hacia la misión... es el lugar privilegiado para una nueva partida... Una comunidad verdadera es una célula viva, capaz de formar a su vez otras comunidades, en un radio siempre más amplio, tanto en la Iglesia como en el mundo” (12). Tal vez a menudo somos incapaces de formar comunidades cristianas y humanas a través de nuestro ministerio porque nos falta personalmente auténtica experiencia comunitaria oblata.

Con relación a la misión, la vida comunitaria no debe, pues, concebirse de un modo puramente funcional, como una preparación o soporte. La comunidad es misionera por lo que vive y revela al mundo. Es un signo y sacramento de salvación, a causa de la presencia de Cristo en ella (13):

Recientemente se habla más a menudo de comunidad apostólica. El apelativo indica su finalidad, la composición y naturaleza. La comunidad oblata tiene por objetivo la misión, debe componerse de hombres apostólicos, debe realizar la experiencia de los Apóstoles con Jesús que une y envía. Comunidad apostólica puede así evocar las tres intuiciones iniciales escogidas por el Fundador a las que aludía antes.

Comunidad de formación

No hay formación humana o cristiana sin relaciones interpersonales. Sin tales relaciones, el crecimiento se bloquea. Las relaciones deben después ser según la índole de la propia vocación. También por esto el religioso, para vivir y crecer, necesita su ambiente natural que es la comunidad (C. 49). En el período de la formación primera, ésta es de suma importancia, como indican las Constituciones y el directorio de la formación.

Y ¿cuál es la situación de nuestras comunidades de formación? Me parece que estas comunidades, por lo general, son vivas y buenas. Se caracterizan por la fraternidad y creatividad; son ricas en ideales. Visitando las comunidades de formación de Sudáfrica, he visto en ellas la imagen de lo que debiera ser la sociedad sin discriminaciones raciales.

En muchos casos, vuestras comunidades han sido un estímulo para la renovación comunitaria de las Provincias. Espero que vuestras comunidades sean siempre más un estímulo para la renovación de la vida comunitaria de las Provincias y Delegaciones y, por tanto, de la Congregación.

Me doy cuenta de las dificultades que encontráis por razones tanto internas como externas. Las tensiones en la sociedad, en la Iglesia y en la Congregación se reflejan en vuestras comunidades. El mayor

inconveniente en algunos casos es la falta de confianza entre formados y formadores. Sin confianza mutua, la formación se expone a quedarse en nada. Otro inconveniente a veces es la insuficiente experiencia de comunión e intercambio debida a comunidades o demasiado grandes o demasiado pequeñas, aun cuando la raíz verdadera está en otra parte.

Es preciso que durante la formación primera podáis hacer la experiencia concreta de las diversas dimensiones comunitarias (humana, cristiana, religiosa y misionera) de que hablan las Constituciones. Es necesario adquirir solidez personal para superar la soledad, para saber vivir en los diferentes tipos de comunidades apostólicas, para ser capaces de constituir comunidad.

Pero ¿a quién corresponde formar tales comunidades? Es ciertamente responsabilidad de los Superiores mayores constituir buenas comunidades de formación y así desempeñar el papel que les corresponde. Sin embargo, es responsabilidad también de todos los miembros, sea de los formadores que vuestra, hacer surgir comunidades que sean verdaderas escuelas de comunión, de formación y crecimiento humano, religioso y misionero. La comunidad debe ser una exigencia permanente de vuestra vida, incluso en la variedad de sus encarnaciones. Es preciso llegar a ser hombres de comunión, capaces de construir y hacer surgir comunidades entre nosotros y en torno nuestro, porque precisamente esto es llevar la Buena Nueva al mundo dividido y desgarrado. Así se podrá responder mejor a los retos complejos de la misión actual.

Entre vosotros la caridad

El testamento del Fundador sintetiza el dinamismo de nuestra vida oblata: "Entre vosotros la caridad, y fuera, el celo". La caridad es el alma del nuestro estar juntos. La caridad que viene de Dios, que es expresión de la comunidad trinitaria. La caridad que nos es transmi-

tida por Cristo y que debe vivirse como él, es decir, de un modo encarnado hasta dar la vida por el otro. "Amaos unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). Y en este amor mutuo, Jesús se hace presente (C. 37), y llega a ser el maestro de la comunidad y del crecimiento de cada uno.

Pero ¿cómo se realiza concretamente este ideal? ¿Cuáles son los instrumentos pedagógicos para crecer en la caridad mutua? Por mi experiencia de formador y de comunidad, algunos medios o instrumentos pedagógicos me parecen importantes para mantener vivo el amor mutuo, para intensificar la unidad y en consecuencia hacer presente al Señor de modo que la comunidad pueda desarrollar su acción formadora y llevar a madurez a sus miembros:

a) Comunión

La comunión de las propias experiencias, intuiciones, dificultades, de la propia vida, es un camino para hacernos crecer en la caridad. Es preciso comprendernos y ayudarnos porque ésta es nuestra familia humana y más aún porque es nuestro ambiente para crecer y santificarnos. El camino de la santidad y de la misión es, en realidad, un camino que hay que recorrer juntos, porque somos llamados por el mismo Maestro. Aceptando un nuevo miembro en la comunidad y en la Congregación nos comprometemos a ayudarlo a crecer y a santificarse, a ser auténtico misionero con la palabra, la acción y la vida. Hay que tener el valor de decirnoslo expresa y claramente, compartiendo dones, superando complejos y envidias. Las Constituciones nos recuerdan las exigencias y nos indican algunos campos de este compartir (CC. 28, 35, 37, 39, 40, 48, 75, 87; R. 25).

b) Perdón mutuo

No hay crecimiento sin conversión permanente, hecha posible por la gracia de Dios y la ayuda fraterna. Hay que prever las faltas del

otro y, por tanto, estar dispuestos, según la norma dada por Jesús a la primera comunidad, a perdonar setenta veces siete. El amor cree en la posibilidad de renovarse del otro, está dispuesto a ver al hermano con ojos nuevos, le da una mano para recorrer más deprisa el camino difícil y ascendente. Es preciso hacerlo personalmente, pero la comunidad debiera encontrar también expresiones propias adecuadas (CC. 33, 39, 40, 47).

c) Confrontación y discernimiento

La confrontación personal con un director espiritual es un componente de todo camino espiritual. La dirección espiritual personal es insustituible y se desarrolla en una relación de caridad. La tradición religiosa conoce también una confrontación comunitaria, como la corrección fraterna, el "capítulo de la culpa", la revisión de vida, la relación con los superiores (C. 39). La experiencia me enseña cuán provechosa sea una confrontación comunitaria animada por la caridad, en que se valora el camino del conjunto de los miembros o de un grupo de ella. El discernimiento comunitario es necesario para encontrar la modalidad del estar juntos y los caminos de la misión (CC. 26, 51, 53, 55, 66, 72, 81, 205, 111).

d) Encarnación cotidiana del amor

La comunidad se construye con el humilde ejercicio de la caridad por parte de cada miembro suyo. Puede expresarse de mil modos de lo que no se podrá hacer nunca un elenco completo o prever las formas. Puede ser una sonrisa, un momento de escucha, un estimularse, un esparcimiento común, una ayuda concreta, un intercambio espiritual, la indicación de un artículo, etc. El hombre va a Dios a través de Cristo y a través del hermano. El hermano llega a ser "camino" concreto e inmediato para llegar a Dios, además de instrumento de verificación del camino espiritual (cf. 1 Jn 4, 12, 20; CC. 3, 15, 37, 38, 39, 44, 102, 112).

Como María

María está presente de muchos modos en la comunidad, porque somos la familia que lleva su nombre. Ella crea la atmósfera de casa, de fraternidad, de sencillez. Para crear comunidad debemos seguir su actitud que es acogida, escucha, silencio, contemplación. Como Juan debemos tomarla con nosotros, porque Jesús nos la ha dado como Madre para que vivamos con ella. Y como los Apóstoles debemos reunirnos con María para invocar al Espíritu y dejarnos transformar por él en apóstoles intrépidos.

25 de enero de 1990

Notas

1. Capítulo general, 1986: *Jóvenes oblatos nos hablan*. Comisión precapitular, págs. 5-6.
 2. Ibid. págs. 8, 15-16.
 3. Ibid. págs. 17-18.
 4. Carta al P. Tempier, 9 de octubre de 1815, en *Écrits oblats VI*, pág. 7.
 5. Carta al P. Tempier, 13 de diciembre de 1815, en *Écrits oblats VI*, págs. 13-14.
 6. Beaudoin, Yvon: "Comunidad y Misión según Mons. de Mazenod", DOCUMENTACION OMI, nº 167, sept. 1989.
 7. "Codex Historicus de Notre-Dame de Lumières".
 8. Comisión precapitular, Capítulo general, 1986, *Mirada a la Congregación*, págs. 67-90.
 9. COMUNICADO OMI, nº 48/88, nov. 1988; nº 49/89, marzo 1989.
 10. Capítulo general, 1986, *Misioneros en el hoy del mundo*, nº 109.
 11. Consejo general OMI: *La comunidad*, 1972, nºs. 6-9.
 12. Ibid. nº 23.
 13. Cf. *Constituciones* 1, 3, 37. Para una presentación de la comunidad según las Constituciones y Reglas, cf. mi artículo: "Community" en *Vie Oblate Life* 1988, págs. 3-10.
-

Documentación - OMI es una publicación no oficial
de la Administración general de los Misioneros Oblatos
de María Inmaculada,

C.P. 9061, 00100 Roma-Aurelio, Italia.

**“Hay una fraternidad entre los oblatos
que es más profunda
de lo que las palabras pueden expresar.
Estoy convencido
de que habrá siempre oblatos mientras
exista entre ellos una fraternidad
como la que he experimentado
en mi vida”.**